



La obra literaria de JUAN GUILLERMO

La obra literaria de Juan Guillermo está integrada por una docena de relatos cortos, algunos fragmentos poemáticos -en prosa y en verso- y por las numerosas anotaciones de su diario personal, diario que se extiende desde 1961 a 1968 y ocupa seis gruesos tomos. En cantidad, esa obra no es muy considerable; y en cuanto a su calidad, no puede hablarse de ella en términos absolutos, como sería preciso hacerlo si se tratara de la única manifestación artística de su autor, caso que no es el de Juan Guillermo. Sus escritos deben considerarse siempre ligados a su personalidad pictórica: es a la luz de ésta como adquieren su verdadero significado, incluso desde el punto de vista estético.

A Juan Guillermo no le hubiera tranquilizado tal exégesis: él no sólo aspiraba con su literatura a crear un mundo expresivo independiente del de su obra plástica, sino que incluso, en un momento de su carrera, casi en los tiempos finales de la misma, estuvo a punto de abandonar la pintura para dedicarse únicamente a escribir. No llevó a la práctica tal propósito. Pero su simple existencia indica hasta qué punto le sugestionaba la idea; de otro lado, revela la confianza que él tenía en sus posibilidades como escritor.

Juan Guillermo fue, indudablemente, un artista

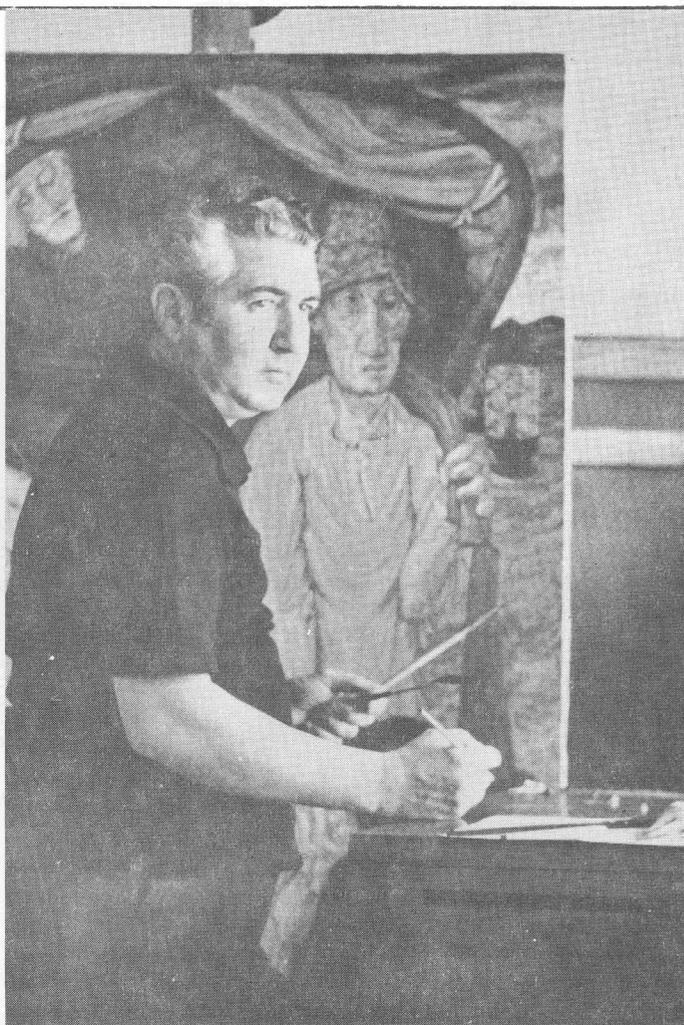
muy intelectual. Esa definición, que suele usarse frecuentemente con significaciones equívocas, la damos aquí como oposición a otro tipo de artistas plásticos dedicados a la exclusiva práctica de su arte, sin que les inquiete ninguna otra solicitud. Juan Guillermo no fue de esos. Durante sus años de estudiante en el Michelet había adquirido una formación auténticamente humanística, tan variada como sólida. Sus intensas y continuas lecturas posteriores (Camus, Faulkner, Capote, Kafka, Verlaine, etc.) mantuvieron y ampliaron su curiosidad inquisidora, el deseo de saber que había suscitado aquella formación. Con tales premisas, la expresión de la realidad a través de un sólo medio (el pictórico) debió parecerle al artista insuficiente en más de una ocasión (la continua búsqueda que significa la trayectoria de su pintura es no sólo consecuencia de perseguir un perfeccionamiento, sino también la prueba de una insatisfacción); por ello, el que intentara aprehender esa realidad utilizando otra herramienta distinta -la escritura- es un hecho perfectamente consecuente.

Los relatos de Juan Guillermo parten de su obra pictórica: ésta es un fragmento estático y corporizado de sus relatos; o, si se quiere, en atención a las prioridades, el relato es una prolongación movilizadora del cuadro. Cuando Juan

Guillermo narra una historia, lo hace desde afuera: él es un espectador. Y lo que antes advierte al fijar su atención en los protagonistas y en su mundo circundante, son sus características externas, es decir: visuales. Luego, el protagonista reflexionará en voz alta, monologará consigo mismo: conoceremos algo de su peripecia vital. Pero lo que principalmente retendrá el lector es la imagen plástica que va definiendo y estructurando la descripción objetiva del autor. En "Toni", el relato de un viejo marino experto en el juego del dominó y en colocar certeramente sus salivazos, el episodio de su muerte será memorable no tanto por el acontecimiento en sí cuanto por la descripción del escenario en que ocurre, al pie de unos girasoles, próximo al mar: "Atardecía y la suave brisa marina mecía mansamente los grandes y granados girasoles que delimitaban el cobertizo. Los últimos rayos del sol iluminaban intensamente las corolas que, sobre la creciente oscuridad del cielo semejaban extraños y fulgurantes soles vegetales que emitieran por sus innumerables pétalos, una dulce y morada luz". El carácter eminentemente visual de la descripción es evidente; existe incluso una obra de Guillermo -"El pastorcillo", una de sus pinturas más poéticas y bellas- donde se refleja plásticamente el fulgor de esos "soles vegetales" (imagen que también es en sí misma un hallazgo expresivo dentro del propio ámbito literario). En otros textos igualmente descriptivos, el autor pone un gran énfasis en la definición de los colores: el "gris incierto del granito", el "enmarañado gris-amarillo del cabello", el "rosa sucio" de una mancha, etc. Pocos escritores repararían en la minuciosidad de esos detalles, salvo que fueran imprescindibles en el contexto del relato. Juan Guillermo lo hace porque, como pintor, está habituado a observarlos y a incorporarlos como elementos significativos en la estructura del cuadro.

También los fragmentos poéticos tienen esa característica descriptiva: al hablar de la claridad, que tiñe la pared de un "sucio rosa-gris", la define como "fría" y "descolorida", dos adjetivos de común aplicación plástica. Por último, cuando se refiere a la acción de la naturaleza, no puede evitar aludirla como si ella fuera un pintor que en el ejercicio de la tarea hubiera fallado su "primera pincelada".

Desde otro ángulo, los relatos de Guillermo se insertan en el contexto de una narrativa realista, dentro de una tradición muy castellana cuyos representantes actuales podrían ser Cela y Ferlosio: crudeza e ironía y objetividad. Los escenarios son precisos y limitados (el campo, el mar), con personajes muy definidos en una escueta y simple aproximación psicológica, y un lenguaje sencillo y servicial a los propósitos narrativos, carente de efectismo estéticos. Sus argumentos apenas tienen desarrollo: por lo general, el protagonista, en un momento crucial de su vida (la muerte o la toma de una decisión definitiva) rememora episodios de su pasado; esos protagonistas son seres humildes, transhumantes de tierra o mar, hombres de destino conformista, sujetos a su hábitat y en perfecta simbiosis con el mismo. Quizás sea ésta una de las características más notables de esos relatos: la de lograr un "ambiente" sólido y congruente. Figuras y paisajes aparecen como aunadas en un "mismo



espacio plástico" -la expresión es de Juan Guillermo- consecuencia y prolongación natural uno de otro. Guillermo conocía y amaba aquellos escenarios de tierra y mar; entendía a los hombres que lo vivían, y lo sufrían. En su prosa, económica y precisa, refleja la verdad, y por tanto la belleza, de sus observaciones, que eran, también, parte de sus propias vivencias.

Por lo que respecta a su diario, sólo se conocen algunos fragmentos del mismo que hacen referencia al proceso de su actividad creadora como pintor. Esos fragmentos ya han sido glosados en otra parte. A tenor de ellos, y de acuerdo con las informaciones que nos ha proporcionando su viuda, el contenido del diario es diverso: incluye la referencia a los detalles menudos de su vida cotidiana (llevar los niños al colegio, por ejemplo) la reflexión sobre su trabajo (pasado, en curso o en mero proyecto), el comentario acerca de la actividad de sus amigos pintores, etc. Muchas páginas de esos cuadernos están cubiertas por dibujos, bocetos, etc.

Sin duda, el diario de Juan Guillermo podrá esclarecer muchos aspectos de su activa vida y de los resortes más íntimos de su trabajo, aunque no pueda ahora conjeturarse nada acerca de su validez desde un punto de vista más general. No obstante, la rica y profunda personalidad del pintor es un indicio de que su diario excederá la mera peripecia autobiográfica para convertirse en un documento brillante y cierto de los años decisivos que vivió Juan Guillermo.

LAZARO SANTANA